

RACONTOS

18 - Dic 96 **Solidaridad de wikén**

SERGIO VODANOVIC



Una vez más se cumplió el rito este año. Durante dos días y sus correspondientes noches los canales de televisión abierta hicieron cadena para exhibir a lo largo y ancho del país el grandioso espectáculo de una población unida en una acción de solidaridad con los minusválidos. Todos colaboraron, los empresarios entregando fuertes sumas de dinero; el pueblo, incentivado por las más modernas técnicas de persuasión y marketing, acudiendo masivamente a depositar su óbolo a las oficinas bancarias; la gente de televisión, artistas y los que no lo son, coparon las pantallas trabajando gratis en solidario gesto, y al final de la jornada lágrimas, muchas lágrimas emocionadas, porque se había alcanzado la meta fijada, combinada con la alegría general. Los empresarios porque habían acrecentado sus ventas y potenciado sus respectivas imágenes corporativas a un costo inferior al que les habría significado una campaña propagandística de similares efectos; los minusválidos porque seguirían contando con recursos para que los ayudaran en su disminuida condición física; los artistas y comunicadores televisivos porque habían acrecentado su proyección como ídolos populares.

Notable lo que se obtiene con la Teletón. Imaginativo y genial el invento de Don Francisco, en el que todos ganan y nadie pierde. La Teletón no da blanco para críticas, sino sólo para elogios. Tan sólo

cabe un reparo: se ha levantado como símbolo de solidaridad nacional, todos los que participaron en ella y colaboraron con su éxito parecen experimentar la satisfacción del deber cumplido e íntimamente se congratulan diciéndose "¡qué solidarios somos los chilenos!".

¿Lo somos realmente?
Si nos abstraemos de estos dos

¿Se puede hablar de solidaridad nacional en un país con una distribución tan desigual del ingreso y en que la brecha entre ricos y pobres aumenta cada día?

días en que se realiza la Teletón, las muestras de solidaridad que damos durante el resto del año son más bien escasas.

¿Se puede hablar de solidaridad nacional en un país en que la distribución del ingreso es una de las más desiguales del mundo y en que, según dicen las frías estadísticas, la brecha entre ricos y pobres aumenta cada día?

¿Es solidario un pueblo donde un gremio cuya actividad consiste en asistir a los más necesitados en salud se declara en huelga y que

para obtener sus reivindicaciones salariales presiona con la vida de los pobres, convirtiéndolos en virtuales rehenes?

¿Cuántos de los que entusiastamente participaron en la Teletón suelen visitar las poblaciones marginales para ayudar a satisfacer sus necesidades vitales, y cuántos de ellos colaboran con las diversas instituciones que existen para socorrer a los que carecen de lo más mínimo?

¿No es el sistema de libre mercado en el que estamos entusiasta y orgullosamente sumidos promotor del individualismo, de la lucha de todos contra todos para alcanzar el ansiado éxito que se mide por los riquezas que se acumulan?

Todas estas preguntas nacen días después de la embriaguez solidaria que nos produjeron la generosa y admirable obra de Don Francisco y su loable Teletón.

La noche en que el acto terminó, yo me encontraba en la calle cuando de pronto el cielo se iluminó con los hermosos fuegos artificiales que cerraban la jornada solidaria. Al lado mío había un matrimonio con un niño que miraba embobado esa profusión de luces y ruidos. El niño no se pudo contener y exclamó entusiasmado: "¡Qué lindo sería que todos los días hubiera Teletón!".

Yo lo miré con simpatía y me alejé pensando que, como suele suceder, los niños siempre dicen la verdad.